

Notas

SEMBLANZA Y APOLOGIA DEL MAESTRO

Por Gilberto Alzate Avendaño

(En el homenaje rendido por sus discípulos al Doctor Francisco Marulanda Correa con ocasión del otorgamiento hecho a él del título de Doctor Honoris Causa de la U. P. B.)

Aquí están, maestro, tus discípulos. Han venido desde las diversas latitudes del tiempo, desde los varios lugares, desde las ocupaciones heterogéneas, desde el ámbito particular de cada existencia, a rendiros fervoroso tributo de afecto y alabanza. Dispersos por el azar, se juntan en nombre tuyo y se acercan otra vez a tu vida, nimbada por la pacífica lumbre del sol poniente, para exaltar las excelencias del varón dadivoso, que antaño les ofrendara la virtud y la sabiduría, como pan de sus trojes y vino de su lagar.

Siempre transitaste por la escondida senda grata a Fray Luis de León, lejos del éxito fácil, los pregones de la fama lisonjera y el vano ruido de la calle en tumulto. Más, súbitamente, irrumpen en tu huerto recoleto, oreado y abastecido de paz como el del fraile, las generaciones que te tuvieron por mentor y guía a prestar testimonio vivo de que tu enseñanza ha sido fértil y que continúa germinando en ellas con soterrada fuerza de simiente.

La cátedra fue el cauce de tu vocación misionera, un apostólico menester en que hiciste dación de tí mismo. Entregando a la sagrada faena de acuñar caracteres enterizos y sembrar verdades perennes, te vertiste en los demás íntegramente, dejando en la obra sangre y sudor de espíritu. Ya que tuviste con nosotros la inteligencia y el corazón hospitalarios, ahora nos corresponde el turno y llegamos hasta el umbral de tu discreto retiro a saldar nuestra deuda, pues la gratitud es moneda de rescate que ennoblece la condición humana.

Así, maestro tienen cuanto has dado. Cierta filósofo decía que dar algo es hacerlo nuestro para siempre, como solo patrimonio que no nos podrán quitar. Hoy esos bienes espirituales prodigados sin tasa enriquecen tu vida, la cargan de sentido trascendente y responden por ella. Al término de la jornada, en la quieta dulzura crepuscular, te es lícito mirar hacia atrás con callado y manso regocijo del ánimo. Tu existencia parece henchido silo de muchas cosechas. Has

Notas

cumplido con creces tus deberes en la ciudad terrestre y puedes esperar serenamente, recostado en tus hechos, a que Dios te descienda su llamada. *

Tu obra de maestro prolonga espiritualmente tu ser en el espacio y en el tiempo, tanto como los vástagos de la carne. Has trasmitido a otros la virtud y el conocimiento, las normas éticas y las nociones científicas, colaborando en la empresa divina de elaborar al hombre, que nunca está concluido del todo y necesita crecer hacia adentro como una planta endógena, con el lento despertar de las potencias del alma.

Antoine de Saint Exupery escribe, en una prosa vecina de la poesía, que el génesis no ha terminado todavía, pues el espíritu tiene que estar soplando sobre la arcilla para crear continuamente al hombre. No basta transmitir la vida de generación en generación, sino también la conciencia, el bagaje acumulado lentamente en el espesor de la historia, el haber espiritual recibido en depósito, ese lote de tradiciones, creencias, valores y mitos que constituye la diferencia entre el ser humano de hoy y el habitante de las cavernas, con el hacha de sílex en las zarpadas manos. El escritor francés contemporáneo exalta la misteriosa ascensión de la especie, que ha brotado de una pasta de estrella o de una célula viva germinada por milagro de Dios, para irse elevando paulatinamente mediante la conciencia de sí misma y del universo, hasta escribir cantatas, crear mundos imaginarios, medir vías lácteas y meditar en esas ecuaciones sublimes de la física que permiten asir a la vez el átomo y la nebulosa.

La función del magisterio está catalogada como una obra de misericordia, como una piedad hacia el prójimo, ya que se trata de enseñar al que no sabe y entrenarlo en el arduo oficio de ser hombre, rescatando la eminencia de su origen. La escuela tiene una misión formativa, no simplemente informativa. No puede limitarse a alojar en la mente ajena, como si fuese una bodega, una serie de conocimientos superpuestos y datos eruditos. Poco vale cargar al hombre de fardos intelectuales, si ese saber no se absorbe hasta consubstanciarse con el sujeto, dándole una disciplina interior y sirviéndole como vía de comunicación con el mundo. El proceso orgánico de humanización se llama cultura. Max Scheler la entiende como la acuñación del total ser humano en una forma plástica y viviente, donde se reproduzcan los valores esenciales de las cosas y la imagen del universo, como en un microcosmos. Para el filósofo germano es una categoría del ser, no del saber o del sentir. Está más allá de la ilustración, la técnica científica o el comercio de las ideas, pues es el conocimiento asimilado, hecho vida y sumido en la profundidad de la persona. Siguiendo las meditaciones del cardenal Nicolás de Cusa sobre la docta ignorancia, yo escribía alguna vez que cultura es lo que nos queda después de haber olvidado todo lo que aprendimos.

Concebida la cultura como crecimiento interno del hombre, cabe decir sin extravagancia que pueda haberla más auténticamente en el alma terruñesa y simple de un paisano cualquiera que en un roedor de biblioteca o en un devorador de impresos, pues aquél ha recibido un depósito espiritual que le permite transformar sus oscuras sensaciones en monedas sociales. Porque también integran la cultura el misterioso manantial de los sentimientos, las ideas sin palabras que van en la sangre, la presión de las emociones hereditarias y la persistencia de una memoria más profunda que la vida. Es el legado de los antepasados que están en nosotros, al decir de Rilke, como fundación, como carga de nuestro destino, como savia que fluye y como gesto que asciende de los abismos del tiempo.

Así, pues, la cultura inicia más que todo en lo que Guyau denominaba "la profesión general del hombre", respecto a la cual las demás derivaciones técnicas y científicas son apenas complemento y añadidura. Esa es la clave de tu pedagogía y el acenso de tu obra, doctor Marulanda Correa, que más que gramática y retórica, nos enseñaste reglas morales de conducta y fortaleza de la voluntad para librar esa controversia con el destino que le dá a la vida su sentido postrero. Antes que poner al alcance de nuestra curiosidad tus vastos conocimientos clásicos de preclaro humanista, tu solicitud consistía en fomentar nuestra personalidad y hacer de ella un abrigo roquero, incitándonos a conocernos y dominarnos por dentro. Esa toma de posesión de sí mismo, que en italiano se expresa con la palabra maestría, es un acto previo y necesario para lanzarse luego desde la pubertad a la conquista del mundo y viajar como argonautas de la vida en pos de quiméricos vellocinos.

Tu mejor lección fue tu propia vida, construída con duros y nobles materiales humanos. Ese existir austero nos impuso el respeto. La adhesión de tus discípulos no se explica porque fueses blando con ellos, ni aflojaras la férrea disciplina, ni les permitieses holganzas naturales y libres, ya que semejante tolerancia era contraria a tu enérgico designio de plasmar almas fuertes. Lo que te daba autoridad y prestigio radicaba en el ejemplo de una vida forjada con obstinado rigor. Eso no te impedía ser comprensivo con los ajenos extravíos, ni derramar en torno tuyo constante fluido anímico para fertilizar las gentes nuevas puestas a tu cuidado. Fuiste para nosotros aquel hombre en sazón, definido por Gracián, que conforta con su discurso, calienta con su eficacia, adoctrina con sus actos y todo él huele a una muy viril generosidad.

Tu enseñanza, maestro, no fue neutral, porque toda pedagogía tiene una filiación filosófica. Traías contigo un sistema total y congruente, una interpretación católica de la vida y del mundo. Has sido en la cátedra, en el libro y en el discurrir cotidiano un militante de la verdad cristiana, un apologista del dogma, poseído y sostenido por una fe a la par inexorable y humilde. Todo movimiento interior, toda actividad espiritualmente válida tiene que apoyarse sobre la tierra firme de unos principios estables, que constituyen el subsuelo del pensamiento. La vida humana está montada sobre creencias, que yacen en el interior del ser, mientras las simples ideas transeuntes se hallan fuera de nosotros como un producto elaborado por la alquimia del intelecto.

Como pedía Kierkegaard, doctor estático, es necesario que los pensamientos del hombre sean como un recinto en que él se aloja, sin que pueda situarlos lejos de su vida, en una atmósfera abstracta, como fórmulas y recetas de laboratorio. Hay un pensar existencial, que compromete nuestro ser entero, en cuerpo y alma, con ideas vivas que se trasmutan en actos. Ese es también tu mensaje, maestro, pues vives como piensas, en cristianismo integral.

Has querido vivir dentro de la doctrina cristiana, teniéndola no sólo como pauta íntima de conducta y esperanza escatológica del reino de Dios, sino como activa matriz para plasmar la estructura de una sociedad nueva, que reemplaza el desorden establecido y destituya de su primacía un sistema económico inhumano, cuyos postulados se encuentran en los antipodas de la Cruz. Ese régimen plutocrático, que se funda en incentivos de lucro y convierte al hombre en un instrumento servil del proceso de la producción, ha desatado los antagonismos de clase y sumido en un desespero nihilista al oscuro montón de los de abajo. El pregón de los pontífices hace estallar las viejas iniquidades y busca aliviar de su fatiga a los desposeídos, sobre los cuales recae todo el peso de

Notas

la jornada y el calor, para usar los términos de la parábola sagrada. Frente al problema que plantea la presencia de las masas en el escenario histórico, no hay retirada o evasión para el cristiano. En vez de atrincherarse en la inercia, debe encarnar sus pensamientos en la vida colectiva y rescatar las multitudes para la verdad. Es menester crear una nueva cristiandad, que preserve la dignidad de la persona humana, se erija sobre la justicia que fluye del Sermón de la Montaña y reconozca que el trabajo no es una mercancía, sino algo que suada, que padece y que piensa. Solamente desde este frente cristiano se le puede dar batalla al comunismo. Una concepción materialista de la historia, cargada de virulencia pasional por el rencor y convertida en mito explosivo, quiere tomar posesión del mundo. Un odio abisal irrumpe en tremenda avalancha, amenazando destruir valores tradicionales y fidelidades lentamente construídas. La invasión vertical de los bárbaros se precipita sobre una civilización en decadencia que ha olvidado a Cristo. La horda dorada avanza otra vez por la estepa hiperbórea. La Iglesia misma está en peligro. Por eso un vigía de occidente ha exclamado con voz que tiene el encrespado acento de los profetas: "Cristianos: volved a las catacumbas! Comienza nuevamente la lucha por la fe!"

Ya no es tiempo para los ocios dialécticos, para los lujos y devaneos de la inteligencia, para la amable cetrería mental de salón, cazando al vuelo ideas clusivas y metáforas fortuitas. Todo diletantismo es inmoral y sinvergüenza. No es posible componer acrósticos indolentes mientras la civilización entra en derrota. Podría ocurrirnos lo que a aquellos romanos de la caída del imperio, que frente al sacudimiento de su mundo por un dinamismo nuevo y extraño a su naturaleza, no supieron más que oponer una ataraxia interior. El pensamiento tiene que tomar partido en esta lucha final, ponerse al servicio de la vida y mantenerse en dura vigilancia guerrera. La traición de los intelectuales no consiste en enrolarse en las comunes tareas humanas, sino en ser simples espectadores de un mundo que quiere sobrevivir y no puede hacerlo sin su socorro.

En esta era del hombre social, rodeado de sus semejantes por todas partes, nadie puede buscar un lugar en las afueras de la comunidad y confinarse en el interior de sí mismo, como Robinson insular, sin frustrar su propio destino. En la novela de Wassermann, el Hombrecillo de los Gansos, increpa en el sueño a Daniel Nothafft, el músico orgulloso y egregio, por haberse recluído en la alta torre del yo, en vez de vivir con un estilo francamente humano. Entonces hubieran sido verídicos y cargados de sentido sus amores y sus obras, sus alegrías y sus cuitas, sus triunfos y sus derrotas. Su obra no hubiera crecido en un invernadero de soledad, transida por la melancolía y su limitado tormento. "Sé primero un hombre de verdad —le dice al oído, en el delirio onírico, el pequeño personaje pétreo que cuida sus inmóviles ánades en el centro de la plaza. Sé un hombre de verdad para poder ser creador. Entonces la fuerza y la grandeza irradiarán de tí mismo. Quizás ya ni la obra se necesite, porque todas ellas no son más que rodeos del hombre para manifestarse. No se puede defraudar a la humanidad, cercenando la vida". Y Daniel fuese tras el Hombrecillo de los Gansos, a ocupar su sitio en la pileta ornamental de la fuente. Allí esperó quieto hasta el amanecer, hasta que poblóse la plaza de voces y rostros humanos, gentes pobres y ricas, ciudadinas y rústicas, cultas y zafias, confundidas en el rumor del mercado. Nothafft siente de pronto que le son conocidas y cree estar compenetrado con esas existencias ordinarias. Comprende la comunión de los hombres y se siente copartícipe. Su soledad se disipa como una humareda. El chorro de agua le parece como un destino que mana y se reúne en la pileta, sobre la cual

el Hombrecillo de los Gansos alza su cotidiana y oscura monumentalidad de piedra. Fluye a su corazón como un manantial la sabiduría y el amor. "Cuando mira o los ojos de las criaturas, advierte el soplo sobrenatural con que están creadas y vé en todo lo mismo: el mismo fuego, la misma angustia, la misma súplica, la misma soledad, el mismo sino, la misma muerte. En todas hay un alma divina" y desde ese instante, ya no le importó la obra apartada y selecta sino la vida, compartida en serena oscuridad anónima con unos cuantos discípulos, a los que trasmitía su arte virtuoso, con la misma sencillez con que los maestros cantores componían sus motetes, pastorelas y villancicos para regocijo y contento de los buenos vecinos del burgo.

Pero no basta la solidaridad sentimental de los seres, para salvar al hombre en peligro, sino que se requiere el auxilio de las fuerzas superiores del espíritu. Estamos viviendo una revolución, un cambio brusco de los sistemas e instituciones que constituyen el andamiaje de la existencia humana. Las mentes más perspicaces del tiempo presente han registrado en sus sismógrafos este cataclismo. El antropólogo jesuíta Teilhard de Chardin reconoce que apenas hemos entrado en un raudal torbellino que sacude los cimientos mismos del pensamiento terreno. Algo ocurre no solamente en la superficie del mundo, sino también en los adentros de la conciencia humana, como presagiando un nuevo género de vida que comienza. Esa crisis ha variado el "tempo" histórico, el clima intelectual y social del hombre. Una era informe, sin nombre, filiación y perfil, pero eruptiva y dinámica arrasa el conjunto simétrico de las viejas formas de cultura y de vida. La ingente fábrica mental del ciclo moderno cruje sobre sus goznes. Es imposible predecir cuánto dure el movimiento sísmico, pero resulta evidente que el hombre no podrá volver a instalarse en el mansurrón idilio burgués anterior a la catástrofe.

Las conquistas de la técnica, los descubrimientos científicos, el prodigioso avance en la explotación de las fuerzas y recursos naturales, ha desbaratado el arduo trabajo del hombre para edificar un mundo aproximadamente a su medida. Thierry Maulnier explicó que el hombre de occidente aceleró aceleradamente su poder sobre la naturaleza, sin cuidar de engendarse a sí mismo conforme al mundo que salía de sus manos "Ahora —dice— es el niño armado del rayo. Después de dos siglos de haberse contentado con acumular las riquezas, los útiles, los instrumentos de poder, le resta superar sus propias conquistas, domesticar el oro, el crédito, el carbón, la electricidad, el petróleo, la energía nuclear, dominar esos monstruos indóciles que los aventureros han ido a buscar en la profundidad virgen del mundo, para incorporarlos al jardín minucioso de una civilización milenaria y hacerlos entrar en la sinergia de una sociedad armoniosa".

Como no ha aparecido la nueva forma de vida que siga a la época en crisis, un desorden profundo se ha apoderado de los espíritus. Como en el bíblico pasaje de la torre de Babel, la confusión empieza por el lenguaje, que es signo de convenio y moneda mental de trueque. Los hombres hablan las mismas palabras sin entenderse, porque cada uno ha perdido su significado original, su peso específico, para llenarse de sentido provisional y aleatorio, ha desaparecido el ajuste de las denominaciones, en que Confucio cifraba el primer supuesto del orden. Los vocablos maestros se han vaciado de contenido, identidad de concepto y carga de energía. El símbolo verbal no corresponde ya al ente significado, como un mapa a un territorio, para emplear el símil a que recurre la semántica.

Denis de Rougemont proponía tomar las palabras-claves de nuestra época, como espíritu, libertad y orden, para demostrar que esos acuñados fonemas se han desbordado de su definición primitiva y sirven de vehículo para transportar las contradictorias nociones. La palabra espíritu tiene veintinueve significados en el diccionario de Littré, a los que se agregan otros fraudulentos. Todos quieren defender el espíritu, comenta el escritor citado, pero para unos es el espíritu santo de la teología, para otros la razón humana, para aquellos el conjunto de la cultura, más allá se entenderá por tal el refinamiento de los "amateurs" de civilización o acaso la actividad revolucionaria de los creadores. El orden puede significar el "statu quo" social por extravagante que sea, la vigilante presión policiva o el encumbramiento de una nueva clase gobernante a costa de una revolución desordenada. Y la libertad, es invocada por todos. Para el individualista es el derecho de arruinar al vecino, para el anarquista la negativa a obedecer al estado y para muchos es la facultad de hablar mal del gobierno en voz alta. Por eso el sabio ha dicho que la primera ley ha de ser la que fije el recto y estable sentido de todas las palabras, para que sea posible la comunicación y el acuerdo entre los hombres, ya que el tráfico mental está ahora interferido por la anarquía del vocabulario. Acaso en el seno de uno de esos nombres reajustados venga la promesa, la buena nueva, la esperanza que colme, ordene y sosiegue nuestras vidas.

Al perder las palabras y los símbolos su poder, su virtud mágica, se tambalea el orden social, que es un edificio de encantamientos al decir de Paul Valery, apoyado sobre los valores fiduciarios del espíritu. Toda sociedad descansa sobre fuerzas ficticias, sobre convenciones, la primera de las cuales es el lenguaje. Sobre esa base —insiste el autor de "Eupalinos"— lo sagrado, lo bueno, lo legal, lo decente, lo loable y sus contrarios se asientan y cristalizan en las conciencias. Ritos, formas y costumbres reprimen los instintos de los animales humanos. Surgen así las instituciones como monumentos de coordinación y signos geodésicos del orden. Este mundo organizado y jerarquizado reposa sobre la palabra y la promesa.

En algún ensayo mío, escrito en las raras ocasiones en que los trabajos y los días me otorgan licencia, he relatado la angustia de las generaciones medianeras, situadas en la intersección de los grandes ciclos históricos y crucificadas entre dos épocas. Los viejos y los nuevos tiempos libran en ellas un singular combate. Dentro de su recinto moral, convertido en devastada tierra de nadie, se produce la ofensiva de un mundo naciente, innominado todavía, contra las formas agónicas de una cultura, que se debate en su lucha postrera sin resignarse a fenecer. Por eso tales almas están dilaceradas. En su interior no hay paz. Ellas son un conmovido campo de batalla, que cada día se llena de cadáveres.

Están fuera de la órbita. Como en el remolino que desatan dos corrientes fluviales al encontrarse, dan vueltas alrededor de sí mismas, sin encontrar vado y apoyo en ninguna de las riberas. Tienen que vivir los enigmas, contradicciones y conflictos de ambos mundos, sublimados como tormento en su propia conciencia. Por eso nuestros contemporáneos, que asisten a este tremendo vuelco en la historia, piden desgarrados y contritos con el poeta: "Dadme, Señor, una certeza de raíces en horizonte quieto".

Hace largos años se trabó una entente cordial entre el maestro severo y cierto estudiante insurrecto, que se obstinaba en meterse en sus sueños como en plaza fuerte. Expulsado del claustro, llevó por muchos caminos su plana an-

dariega y su indócil corazón errabundo. Trataba de cumplir su propio horóscopo, y antes de aceptar las viejas tablas, se refugiaba en la utopía, con vago gesto mesiánico. No podía expresar con claridad su mensaje, pero lo afirmaba intuitivamente como un presentimiento auroral.

Pero el nexo profundo entre el viejo profesor y el joven que cursaba sus propias mocedades turbulentas, nunca fué roto. Cuando la vida los ponía en contacto, se reanudaba el coloquio interrumpido, bajo de la amistad generosa del anciano, que era como calentarse las manos y el corazón al amor de la lumbre. Como ocurre con las naturalezas demasiado cargadas de alma, el muchacho sufría las peripecias de un drama espiritual y era víctima de la desesperación del conocimiento. Al igual que en Mario el Epicúreo, la novela de Walter Pater, el héroe pensativo tiene que combatir uno tras otro los diversos sistemas que le obstruyen la visión de lo Verdadero. Y entretando, desde lejos, el maestro aconsejaba, orientaba, guiaba, pero dejando que el mancebo hiciera su propio camino para superar esa crisis de la adolescencia. Nadie podía acompañarlo en ese oscuro ir a tientas, pues tenía que adquirir por sí mismo la meta, acorazarse de experiencias, endurecerse de fortalezas y comandar su destino.

Al regreso de ese necesaria odisea, el maestro pudo decir, con las palabras que pone André Gide en la amonestación del hermano mayor dentro de la parábola del hijo pródigo: "Aquello, hermano mío, fué indisciplina. No sabes de qué caos ha salido el hombre. Y no ha salido completamente todavía. Si el espíritu no lo sostiene, con toda la inocencia de su peso, cae nuevamente. No lo aprendas a tu costa. Todos los elementos ordenados que te componen no esperan sino una aquiescencia, una debilidad tuya para volver a la anarquía. Aquello que no sabrás nunca es la cantidad de tiempo que ha necesitado el hombre para elaborar al hombre".

Ahora me corresponde a mí —el estudiante aquél— ser portavoz de sus discípulos fieles, viejo y querido maestro. Vengo a este claustro, donde otrora nos conocimos, para exornar con el lauro simbólico tu grave cabeza benévola. Así paga una deuda a mi propia vida. Este recinto, con sus anchos corredores y aulas en penumbra, es como una crónica ilustrada de mi juventud huída. Aquí encuentro parajes dilectos del alma, rescatados a las aguas del olvido, que van tomando forma y florecen. Tu obra tuvo aquí su cabal cumplimiento. Todo en este plantel está impregnado para tí de pertinaces memorias y sedimentos cordiales.

Le diste al establecimiento que es cabeza y protoplasma de la Universidad de Caldas las mejores energías de una vida esforzada y noble. Justo es que en este lugar se perpetúe tu nombre, se prolongue tu pensamiento y se grave en tu loor el mismo verso con que el poeta resumió la trayectoria de un maestro peninsular:

"Sed lo que he sido
entre vosotros: alma".

LA CULTURA CRISTIANA

Por Francisco Marulanda Correa

(Respuesta al discurso del Dr. Gilberto Alzate Avendaño).

Notas

Campean aquí como altas soberanas de la fiesta, la inteligencia y la amistad. Nunca se viera corte más noble para presidir el festival con que se honra a un hombre.

Como discípulos y amigos, me habéis invitado a este lugar de caros recuerdos, y me decís con el obsequio de vuestra presencia, cómo en este pueblo vuestro y mío, florecen las más delicadas manifestaciones del espíritu.

Yo, por mi parte, no doy con el idioma que necesito para expresar mi agradecimiento. Sabía que la ardiente poesía oriental tiene por nada los refrigerios del sándalo alcanforado, y el claro fresco de la luna, y los ríos de ambrosía para lavar el cuerpo, comparados con el abrazo de un amigo, con la palabra de ese afecto igualador de corazones que es la amistad; pero ignoro y seguiré ignorando cómo se dan las gracias en un acto como éste, donde el corazón se siente como oprimido por el dorado peso de esa amistad.

Todo aquí ha sido felizmente ideado para ligarme con el más fino lazo de gratitud: el sitio elegido para el acto, huerto de recuerdos indelebles, que podría decir que forman mi doble personalidad; la espontánea asistencia de mis discípulos y de mis amigos, y esta cordialidad que todo lo anima y enciende en gozo del alma. Como corona del regalo, me habéis dado a oír la voz ofe-
rente de mi discípulo el doctor Gilberto Alzate Avendaño. Inteligencia privilegiada si las hay, poderosa en penetrar y moverse con desembarazo entre las honduras del problema ideológico; disertado en el decir, ágil en el resolver, incansable en el trabajar y arrollador en las empresas, nadie me negaría el orgullo que su maestro siente por haber dirigido los primeros pasos de su vida intelectual y moral.

Para él, por su elocuente discurso y por su generosidad para conmigo, así como para todos vosotros, amigos y discípulos míos sean las más entrañables frases de mi reconocimiento; mientras suplico se me permita descifrar en cortas palabras, el sentido con que acepto, saboreo y aprecio este noble banquete del espíritu.

Para darme una orientación definitiva, en el empleo de esas fuerzas que todo hombre recibe en el reparto misterioso de los dones del cielo, miré y busqué con ansiedad un campo donde el alma se hallase más a su sabor, ora por la dignidad de la faena, ora por las ocasiones dadas al espíritu para ascender en pos de un noble ideal. Y nada hallé mejor que el campo ofrecido por la educación de la juventud.

Veía ciertamente el desdén que el mundo de los regocijos y el dinero tiene para los que se consagran al cultivo del hombre, y el menosprecio para esa labor callada en que se finca la única esperanza de la civilización.

Nada, con todo, pudo deshacer en mí el ánimo, el deseo de contribuir en la empresa de ese designio renovador y misterioso, de ese pensamiento divino, que, según las advertencias de Roma, fecunda la sociedad, en este báratro de ideas, y la prepara a recibir la nueva aurora en que Cristo con todo el esplendor de su rostro amanecerá otra vez en el alma de los pueblos.

Todo me hablaba de la necesidad de la educación y de la grandeza de la obra; el lenguaje no cambiaba del pagano al creyente, del racionalista al teólogo. Supe de Kant que el hombre sin educación no puede ser hombre verdadero; por Leibnitz, que no hay posible reforma ni salvación del mundo sin una educación perfecta. De su lado, la antigüedad me lo decía hermosa e incesantemente por boca de Cicerón: "Ningún servicio podemos prestar a la república ni mayor ni mejor que el de educar su juventud". Y lo acentuaba Pli-

nio, recordando a todos que la niñez es la sociedad del porvenir: "En estos rostros —decía— está el pueblo futuro, en ellos, el futuro Senado". La Maestra de los pueblos, la Iglesia Santa se me imponía con el peso divino de su infalible autoridad, y por la mano de sus pontífices y de los Padres, mostraba a mis ojos el blanco panorama de la mies divinamente tentadora. Y la Patria también, esa Patria a quien amé desde niño como el poeta "en mi silencio mudo", me instaba a trabajar con ella en el taller de sus glorias.

Todos fueron irresistible fuerza que me empujaba a desdeñar otros caminos, quizá menos fatigosos, pero no tan sembrados de promesas y halagos para un espíritu enamorado del ideal. No era un secreto para mí la desigualdad de mis fuerzas comparada con la magnitud de la obra; pero podía, en cambio, echar la red en nombre del que da tibio plumón al pajarillo y colores celestes a los lirios del campo.

Olvidé, pues, la penuria de mis recursos personales, y colmé el abismo de mis vacilaciones con la fe en Dios. Iba a formar hombres. La familia me entregaría los renuevos del género humano; la sociedad y la Iglesia, la suerte de sus hijos amados; la cultura general y la historia de la patria, el legado de sus más caras conquistas. Sentí entonces el peso de mis responsabilidades pero lo alivié con la atrevida esperanza de ver un día trocados mis sudores, mis angustias y mis contrariedades en el rostro alegre de una generación que no se avergonzaría del maestro. Y me dí a la empresa. Nada pedí para mi medro a la fortuna. Bastábame ver en la juventud la esperanza de la Patria y el renuevo de la humanidad. Crezcan ellos —me decía en toda circunstancia favorable o dura— crezcan ellos, que si crecen y saben recibir con honra, de manos de la sociedad y de la cultura, sus tesoros y los conservan sin menoscabo y aún acrecientan con gloria, bien está que su maestro amengue y aún desaparezca.

No me era dado vacilar un solo instante, sino darme a la empresa de formar hombres; hombres que tuviesen la configuración adamantina que da el ejercicio de la voluntad en la actividades morales, y el de la inteligencia en la conquista de la verdad. Dura tarea, ciertamente, pero de aspecto inflamado por la grandeza de su esencia propia. A ella fui puestos ánimo y esperanza en Dios, único que puede hacer que el grano reviente y se convierta en flores y en frutos jugosos; fui también con los ojos puestos en esa Patria por quien quise "vivir y morir pobre y desnudo"; y fui con el ardor que anima a los que trabajan por el ascenso del hombre hacia la paz de Cristo.

Cuando hube de abandonar el santuario donde con toda el alma trabajaba de la mañana a la noche, hallé que, en el examen de las ganancias ponderables, nada me restaba de lo que se pesa en la balanza de los provechos materiales. Pero podía desafiar a los más favorecidos de la suerte, a que me dijese si era posible imaginar una fortuna más halagueña que la mía. Dios había bendecido mi esfuerzo, y colmado y excedido la medida de mi ambición y mi esperanza. En el corazón de mis discípulos se había encendido la sed de lo bueno, la sed de las superaciones gloriosas, en pro de la propia personalidad, en pro de la Patria y de la cultura humana. Paseé la vista del espíritu sobre la mies que blanqueaba a lo ancho de la sociedad, y ví que todo se consumaba en mi alegría: los hombres que yo había formado llenaban hasta el borde de esa medida y ese humano deseo que fueron siempre el despertar de mis mañanas y el alimento de mis días.

Homero esculpió en sus versos, para la inmortalidad, el único gozo del

padre y del educador, el más dulce anhelo de los que aman de verdad al hombre puesto en sus manos para nutrirlo como niño y fortalecerlo como varón. Vosotros conocéis el pasaje incomparable. El padre de los poetas suspende, en la *Iliada*, por un momento, la furia en que se debaten los dioses y los hombres, aquellos con furor de bestias humanas, éstos con la ira de los númenes del Olimpo. Por vez primera y única, el amor aparece en ese cuadro de venganzas, cuando Héctor, el troyano capitán se encuentra con su hijo y con la madre de éste. Andrómaca suplica al héroe que tenga piedad de sí mismo y no se arroje con su denuedo natural hacia la muerte. El capitán, en tanto, mira al niño y exclama con fuego encendido por el amor paterno:

“Oh Júpiter y vosotras deidades del Olimpo: Dadme que este hijo mío llegue a ser como yo ilustre entre los teucros; como yo bueno y de robustas fuerzas para gobernar un día en Ilión; y venga tiempo en que exclame alguno al verle: mucho mejor es éste que su padre, y Andrómaca se alegre al escucharlo”.

Por lo que toca a mí, jamás podría darse una realización más halagadora para el corazón del educador. Por donde quiera que tiendo la mirada, aquí y allá, en todas partes, mis discípulos están dando lustre a la patria y dando dulce pábulo a mi memoria para saborear los versos del griego. La realidad se me ofrece engalanada, y yo estoy a cada paso saboreando por sílabas: mucho mejor es éste que su padre espiritual. Y veo que la patria, la nueva Andrómaca en cuyo regazo crecieron y cuya faz iluminan con el brillo de sus obras, ella, la Andrómaca inmortal, se ufana de ellos y sonríe cuando repito el vaticinio del poeta. Ilustres por el saber o por la virtud; fuertes y poderosos como rectores de la vida social y política; rectos y nobles en el foro y en las faenas de la economía pública y privada; ora penséis en la modesta tienda o en el pegujal modesto; ora en el soldado que sufre por la justicia, o en las inteligencias que se hombrean con las cimas políticas y científicas que discuten la pacificación del mundo; ora en el hogar embellecido por el decoro de la familia cristiana; y en el altar, y en la cátedra sagrada, y en el claustro donde se quema en ardores divinos el corazón regido por una voluntad de acero ¿dónde no están mis discípulos y cómo no sentirme orgulloso de ellos ni pedir a la patria que se alegra conmigo?

A la hora en que una feliz vicisitud nos reúne en estas aulas de dulcísima memoria y nos juntamos como para un abrazo de revisión y de gozo que no volverá, estamos todos, vosotros y yo: vosotros como actores del drama crítico por excelencia, y yo como causado espectador que os mira complacido, con el rostro alumbrado por el sol de la tarde; todos a una enfrentados con un mundo cuya suerte hace padecer a los que piensan con hondura, y sudar sangre a los que llevan en sus manos los últimos restos de la civilización cristiana. De la paz ya hoy no vemos el cándido ropaje, sino que cae sobre la faz de la tierra un paño de muerte; y en tanto, el linaje enloquecido se pierde en una avenida de disolución moral y en los más indecisos y absurdos giros del espíritu. Recalcitrando con furor y sin piedad contra las advertencias de la razón, el siglo XIX aceleró en forma increíble la carrera de la tradición a la verdad, y realizó portentos de voluntad para destruir en el alma de las naciones toda idea de moral y religión. Las anteojeas que la ciencia se caló para indagar los senos de la pura materia, no le dejaron percibir siquiera que, como dice un eminente matemático y filósofo de hoy, “la vida humana, separada de la visión religiosa,

no es sino una llamarada de goces ocasionales que alumbran una masa de dolor y de miseria y una fruslería de experiencia pasajera”.

El sol de la verdad se fue apagando, no solo en el alma del individuo humano, sino también las sociedades vieron huír el anhelo de ideales y de justicia; y al paso, Dios era barrido, vilmente barrido, de las constituciones de los Estados, y barrido su nombre y su culto de las aulas escolares, de los tribunales y de los pretorios. En pos del exilio de la verdad, irrumpió el torrente de costumbres disolutas. Saltaron en pedazos todas las barreras del deseo, todas las murallas con que la ley eterna ciñe el río de las codicias humanas. La nobleza ética yace en el rincón de los muertos; y en tanto, sobre las piedras del decálogo hechas polvo, se alza un miserable catálogo de recetas sobre el arte de vivir, donde sólo se busca el éxito del anhelo económico y se enseña el desprecio para todos los caminos que no conducen al logro de este éxito inhumano. Lo que fue honor y gozo del espíritu se hunde, por la mayor parte, bajo el alud de lo asqueroso y de lo feo. Para el placer que divide las almas y fragmenta las sociedades en clases rencorosas, y para la violencia que lo defiende y confirma, no hay barreras posibles; y en tanto el pudor se avengueza de sus rosas divinas y tiembla de una presentación en público. Así va en anchas zonas del mundo, el bello animal humano, convertido en sayal de remiendos el manto real de su estirpe, y listo a creer a los más locos del trivio, que el ser es el absurdo, que el bien es el mal, y la verdad, una mentira.

Verdaderamente, como lo dijo De Maistre, “el hombre entero es una enfermedad”.

Queda para vosotros, para la parte sana y robusta de este cuerpo mal herido del linaje, una tarea tremenda, señalada por la Providencia a las almas nutridas por el tuétano de la doctrina de Cristo. Pensando en este clase de almas, que, por designio divino, rompen por dondequiera lanzas contra el malo; pensando en vosotros con la fe que habéis sabido inspirarme; y sabiendo que Dios es bueno y poderoso para convertir en vino nutricio las más amargas aguas de la desolación, creo que el cansado espectador de quien ha poco hablaba, tiene razón para avizorar tras la cortina de nubarrones, el sol de una nueva cultura venturosa y perenne. “Ten valor y sé hombre”, fue el testamento del Sabio. Sepamos realizar esta consigna, y aprestémonos para la lid que se acerca, como herederos del más grandioso tesoro de los siglos, la Cultura Cristiana”.

EL RETORNO DE GUTIERREZ GONZALEZ

Por Gabriel Henao Mejía

No todo en el tiempo y el espacio me separa de Gutiérrez González, de su vida y de su obra. Es verdad que otros ideales estéticos, otras inquietudes intelectuales, otros afanes del espíritu me sitúan exactamente a un siglo de distancia del poeta y de su acervo estrófico. Pero los lazos generosos del común paisaje natal y el idéntico apego por las cosas amables de esta arisca tierra antioqueña, han mantenido y sostenido mi admiración por el poeta, con beneficio de inventario desde luego y deleznable en cuanto supera el campo de la mera valoración sentimental para adentrarse en la parcela fría y sosegada de la crítica. Pero esos vínculos son bastantes y son gratos para que al retornar a La

Notas

Ceja los restos mortales del poeta yo pueda, una vez más, tejer en torno a su valía estrófica una glosa cordial, sin desafectos.

Para juzgar a Gutiérrez González acertadamente es necesario situarlo en su época y en su medio. Así las perspectivas son más nítidas y el propio despojo de los gustos personales más cabal. Pocas naciones americanas revelaron y alimentaron un movimiento romántico tan caudaloso e impenitente como Colombia y en ninguna, seguramente, se mantuvo su vigencia tan dilatadamente, con tan intemperante derroche de adictos y tan vistosa popularidad, pése al prestigio clasicista y académico de que gozan nuestras letras de antaño. Muy pocos, por cierto, fueron los intelectuales que pudieron sustraerse en el siglo pasado y alguna porción abultada del presente a la perentoria influencia romántica, arribada desde el Viejo Mundo, como todo, con un retardo suficiente para hacernos aparecer desarticulados del engranaje universal de las corrientes literarias. Gutiérrez González enrutó su inspiración por la ancha y fácil ruta que todos los poetas de entonces seguían confiada y obcecadamente. Y se abrochó un romanticismo temperamentalmente bohemio, desmelenado, torrencial y tropical en el mejor sentido del vocablo. Su lírica abusa del sentimiento y usa irrevocablemente los ingredientes de la congoja y el dolor, del arrodillamiento amoroso y el paisaje con penumbra de luna. Porque al romanticismo europeo, atemperado allá por un lastre de cultura milenaria, se sumaron aquí los atributos propios de un pueblo en formación, producto de un meztizaje racial en que convivían la melancolía indígena y el aventurero espíritu español, el dolor de un mundo vencido y la alegría de una época distante y distinta al período colonial, el forcejeo por crear una patria del limo telúrico y humano que nos dejó la gesta emancipadora y el empeño tenaz por forjar una cultura propia. Gutiérrez González —nacido cuando aún la patria se convulsionaba sin derrotero fijo en la aurora de la libertad y cuya obra cultural coincide con una de las más tormentosas etapas de la vida civil colombiana— tuvo también, como los demás liridos nuestros de la última mitad del siglo XIX, que soportar la confluencia de todas las circunstancias atrás anotadas y la influencia fatal de tanto sollozo sin respuesta y tanto sentimentalismo sin freno.

Pero la poesía de Gutiérrez González, siembargo, sigue gozando de abierta popularidad en todos los sectores sociales de nuestro país y apenas si Julio Flórez puede superarlo en la perdurabilidad del afecto de los colombianos por su obra. La poesía de Gutiérrez González —y esto explica fielmente el apego popular a su nombre— tiene un cálido sabor de cosa propia y sabe llegar inesperadamente a la zona del sentimiento por los anchos senderos de todo lo que amamos. Lo sencillo, lo cotidiano, lo conocido, ingenuo muchas veces pero siempre cordial, discurre por cauce suave en la lírica intemperada y profusa de Gutiérrez González. Colombia lo ha contado siempre entre sus vates de mayor jerarquía y Antioquia —esta agresiva región de la patria que posee tan características e insulares aristas étnicas y topográficas dentro del marco de la geografía nacional— lo considera como un símbolo de sus atributos y como el más excelso cantor de sus faenas. Y La Ceja —la patria chica del poeta— alza su nombre con orgullo al lado del nombre ilustre de Juan de Dios Aranzazu y a la vera de la estampa augusta de los dos grandes hombres mantiene la memoria de su obra y el espejo de sus vidas.

Más lo que ha dado perdurabilidad a la obra poética de Gutiérrez González, lo que ha otorgado prestigio internacional a su nombre, lo que ha garantizado su justa vigencia en el panorama de las letras nacionales, es sin duda La

Memoria sobre el Cultivo del Maíz en Antioquia. En ella se resume todo el calor y el color agrario de nuestro pueblo, toda la sencilla verdad de nuestra aquilatada laboriosidad, toda la entera categoría de tenacidad que nos alumbró, toda la augusta razón de lo que somos como factor racial, como hecho social, como ecuación histórica para supervivir y progresar, apegados y afincados en lo tradicional, pero lo suficientemente audaces para aceptar todo lo que en la civilización contemporánea pueda servir mejor para cumplir nuestros propósitos y asegurar el éxito. El poema tiene seguramente un estricto marco regional, abiertamente exclusivista en su intención primera, pero siempre de una ancha validez intelectual, de una eminente categoría estrófica.

Hoy retornan al solar nativo los restos del poeta. Cuando él nació ya el valle de La Ceja estaba abierto a la fácil producción y empezaban a florecer las primeras dehesas y los primeros cultivos. El poblado iba tomando una leve configuración urbana y una sinfonía en verde llenaba promesadamente la extensión del paisaje, ofreciendo a la tenacidad del labriego y a la admiración de los fundadores un panorama sencillo, cordial, hospitalario, espléndido en su belleza y en su fertilidad. Era la premisa vegetal de lo de hoy, en donde la intensidad de los cultivos es un testimonio de potencialidad económica, un ejemplo de inteligente selección pecuaria sus establos y un admirable certamen de comodidad sus residencias campestres. No eran entonces tan bizarramente enhiestos sus maizales, ni la letanía morada de sus paperas en flor tan plena y tan fecunda, ni los hatos tan selectos y bien provistos, ni los pastales tan nutridos y verdeantes, ni los huertos tan generosos y muníficos, ni le habían colocado cortinas de eucaliptus a la clara luz de su cielo, ni cruzaba el valle una vasta red carretable y apenas si un angosto camino marcaba su brochazo de siena en el paisaje. Otros sistemas de producción, otras maneras más técnicas para las siembras y la recolección han suplantado en La Ceja —con ejemplares resultados— los métodos elementales de antaño que con tan gráfica precisión cantara Gutiérrez González. Pero el poema inmortal perdurará como testimonio y documento de la obra creadora, gestadora, de la economía antioqueña y del bizarro esfuerzo de un pueblo para crecer y multiplicarse por todos los ángulos de la patria. Y en tanto el maíz constituya la base de alimentación de nuestras gentes este poema será indiscutiblemente el canto mayor de Antioquia, de su trabajo, de su pertinacia, de su fe.

Se ha dicho, con incalificable intención, que La Ceja sólo ahora recordó la urgencia y el deber de reclamar los despojos mortales del poeta. Ello no es verdad y para confirmar lo avieso del despropósito nos limitamos a transcribir, firmado por Emiliano Isaza, sobrino del poeta, un aparte de su prólogo a la edición que en mayo de 1926 se hizo de la obra estrófica de Gutiérrez González: "Sus restos reposan, junto con los Julia, en Bogotá. La Ceja los reclamó, pero la familia pasó por la pena de no acceder a tan honrosa petición, por tenerlos más a su alcance y al de los sufragios de los fieles, al amparo de la Catedral Primada". Ahora retornan a La Ceja los restos del poeta y los de Julia. La morena tierra natal cubrirá de nuevo las cenizas ilustres y el cálido afecto de los cejeños cobijará tuteladoramente su memoria sagrada.

SALOMON IBN GABIROL
Filósofo y poeta judío

Por Alfonso Francisco Ramírez

Poco se sabe de la vida de Selomó ben Yehudá ibn Gabirol. Investigaciones recientes han dejado establecido que su padre Judá era residente en Córdoba, de donde tuvo que emigrar a consecuencia de internos desórdenes del Califato, o de motines anti-judíos provocados por los bereberes, yendo a establecerse a Málaga. Allí nació el ilustre poeta y filósofo, por el año de 1020. Huérfano de padre y madre a temprana edad, abandonado y sólo, una honda melancolía saturó su espíritu.

Siendo aún muy joven, se trasladó a Zaragoza, encontrando un mecenas generoso y comprensivo en la persona de Mundir II, llamado Yequitiel, dignatario amante de las ciencias y las artes, quien propició su desarrollo en el ambiente renacentista que privaba en la España de las Taifas. Mas su protector es asesinado en 1039, durante una revolución palaciaga, dejándolo nuevamente sumido en la desgracia. Un período de sombras se extiende sobre su vida desde entonces. Quizá obtuvo después la protección de Samuel ibn Nagrella. Se cree que murió y fué sepultado en Valencia hacia el año de 1058.

Durante sus probables treinta y ocho años de existencia, llevó a cabo una obra de excepcional grandeza. Mosé ibn Ezra, de la generación inmediata posterior, escribe de él: "Se aplicó cuidadosamente a cultivar sus cualidades morales, educar su carácter y huir de los apetitos terrestres; consagró su alma a los estudios superiores, después de haberla purificado de los innobles incentivos y de haberla dirigido, según sus facultades, hacia lo más selecto de las ciencias filosóficas, físicas y astronómicas. Aunque era el más joven de los poetas de su generación, sobresalió sobre todos por sus cualidades literarias. Era autor admirable y un literato insigne; supo amaestrar admirablemente su espíritu poético, pudiendo alcanzar los propósitos más elevados y las ideas más nobles. Fué llamado caballero de la palabra y maestro de la poesía. Sus palabras son delicadas y tiernas, y sus temas son conmovedores. En sus poesías, hizo entrar las concepciones fundamentales según los preceptos de la ley y ajustadas a la tradición".

Ibn Gabirol dedicó sus más acendrados afanes al estudio de los problemas metafísicos. Pocas de sus obras han llegado hasta nosotros. De algunas solamente fragmentos o versiones. Según la relación de José M^a Millás y Vallcrosa, su mejor biógrafo moderno, escribió lo siguiente: "Libro de la Corrección de los Caracteres", en lengua árabe, publicado en Zaragoza, en 1045. "Selección de Perlas", colección de refranes al mismo tiempo que la anterior. "La Fuente de la Vida", de índole filosófica, escrita en árabe, y de la que nos ha llegado una traducción latina y un resumen hebreo. Es un trabajo de radiosa madurez.

"El "Libro de la Corrección de los Caracteres" fué traducido al hebreo por Yehudá ibn Tiblon, en 1167. Se popularizó rápidamente por su estilo claro, sencillo, alejado de abstrusos razonamientos discursivos. Es, en realidad, un manual práctico de educación, con finos atisbos psicológicos, en que su autor nos proporciona un esquema de los principales vicios y virtudes, en relación con los cinco sentidos.

La "Selección de Perlas", es un conjunto de aforismos y sentencias. Está dividida en sesenta y cuatro capítulos, según el número de cualidades y acciones morales que se estudian. El primer capítulo, dice su biógrafo arriba citado, trata de la sabiduría, de la necesidad de ser sabio en obras, no en palabras, y a lo largo de todo el libro es el sabio el que propone sus refranes y apotegmas sentenciosos de sabiduría práctica al estilo clásicamente oriental, en diálogo, a

veces, con otros sabios o discípulos. La base del sabio es la humildad. El fruto de la humildad es la paz. Cercana de esta virtud es la tolerancia, que hace ser extensiva incluso para aquellos que nos dañan. Encomia asimismo el sabio las virtudes de la circunspección, la fidelidad, la confianza en Dios, la esperanza, la resignación, la moderación. La modestia, el hábito del silencio, la sinceridad, la merecen bellos refranes de matiz popular: "Dijo el sabio: cuando hablo, la palabra me manda, pero cuando callo, yo mando a la palabra". "Vale mas callar que hablar fuera de tiempo; pero vale más palabra verdadera que el silencio". "Júzgate pobre aunque seas rico". "No dilates tu conversión, pues la muerte llega de repente".

Pero su fama rutilante la debe Ibn Gabirol a "La Fuente de la Vida". Su influencia entre los círculos israelitas fué escasa. Enorme entre musulmanes y cristianos. Fué traducida prestamente al latín por el converso Juan Hispano, auxiliado por Domingo Gundisalvo. Por medio de estos autores españoles, nos dice Millás Vallicrosa, pasaron las doctrinas gabirolianas a la Escolástica: Guillermo de Auvernia, Obispo de París (1294), cita a nuestro autor con entusiasmo y lo cree cristiano; Alejandro de Hales (1245) cita el "Fons Vitae" e incorpora la teoría del hilemorfismo aplicado a las inteligencias separadas. En cambio, en la escuela dominicana encontró fuerte oposición la doctrina de Ibn Gabirol acerca de la materia y de la forma universal, así como su voluntarismo; Santo Tomás de Aquino, lo mismo que su maestro San Alberto Magno, insisten mucho en su impugnación contra las tesis gabirolianas. En la escuela franciscana es mejor aceptado el voluntarismo gabiroliano y su teoría de la materia y de la forma universal; así se encuentra aceptado en la obra "De Rerum Principio", atribuida a Juan Duns Scoto.

Es casi imposible explicar en unas palabras el sistema filosófico de Ibn Gabirol. León Dujovne, en su reciente Introducción a la "Historia de la Filosofía Judía", nos dice con su admirable talento sintético: "Como filósofo de temperamento poético y religioso, era natural que Ibn Gabirol se sintiera atraído por Platón y por el neoplatonismo. La singularidad de su metafísica reside, más que en lo nuevo de los elementos que la integran, en el ingenio de la construcción total. Emplea los conceptos aristotélicos de materia y forma, pero les da un sentido original. Materia y forma son la fuente de la vida y de toda existencia. Ibn Gabirol extrae para su doctrina nociones fundamentales de la tradición neoplatónica, particularmente de Plotino. A juicio de Munk, su filosofía sería idéntica a la del autor de las Enneadas, si por motivos religiosos no hubiera rechazado ciertos matices del pensamiento de este último. De la escuela alejandrina tomó la idea de la emanación, según la cual todo lo que existe procede de un primer principio, absolutamente uno y simple. Ibn Gabirol introduce la voluntad en substitución del Uno de Plotino, y estructura un sistema que le es propio".

Pero su gloria no se encuentra cimentada únicamente en sus elaboraciones filosóficas, sino también en sus creaciones de altísimo poeta. En la "Historia del Pueblo de Israel" (T. IV), escribe H. Graetz: "Personaje de extraordinario talento, verdadero fenómeno literario, poeta lírico y profundo pensador; al mismo tiempo, fué Salomón Ibn Gabirol. La soledad influía en su carácter sensitivo y en su espíritu poético. El adolescente no conoció las dulzuras de la niñez. El joven rara vez paladeó el placer de la risa. Abandonado por todos, se concentró en vigorosa vida interior, y la poesía con la filosofía, fueron los ángeles guardianes que lo salvaron de la desesperación; pero no lograron llenar

su corazón de alegría. A la edad en que la mayoría de los mortales se entrega a los inocentes disfrutes de la adolescencia, era ya un consumado poeta. La antigua lengua hebrea resultó rejuvenecida con el ardor juvenil de su alma, y se convirtió en intérprete fidelísimo de sus pensamientos y emociones. La lengua hebrea se hizo flexible a su conjuro: la acariciaba y la ennoblecía y ella, a su vez, se plegaba a él como una amante”.

Existe una magnífica versión de sus poemas, debida al insigne catedrático de la Universidad de Barcelona, don José M^º Millás Vallicrosa, Director del Instituto Arias Montano. De sus poesías florales, amorosas, satíricas, festivas, filosóficas, desengañaremos algunos diamantes:

Qasida. Los amigos: — ¡Contempla a la hermosa doncella! Los brazaletes — en sus manos brillan como los mosaicos de Asuero. — Sabe andar con gracia, a menudos saltitos, — y según el número de sus pasos, — así es el repique de sus joyas. — La luna desearía ser su diadema, — así como las Pléyades serían sus ajorcas, — mientras el sol, en su altura, palidece, — y, avergonzado, se cubre su faz con los velos de ella. — Su amigo la contempla con miradas amorosas, — pues hasta el alba ha velado sus ausencias. — Pero ella cuenta tus esperas; ten en cuenta — que a sus ojos tus vigiliass le son como bellas ofrendas. — Ciertamente las combas de su pecho están dispuestas al amor, — y no lo pueden disimular los pliegues de su túnica. — El poeta: — No queráis incitar el corazón de vuestro amigo, — pues se le apagaron ya los fuegos del amor, — el rescoldo de sus brasas se extinguió presto, — y el sol de sus amores se oscureció. Dijéronme: Ve y sirve al mundo! — pero es imposible al que es su señor advenir a su criado...

Ma, Amad, (Para la víspera de Kippur). Envíanos un angel elocuente, maravilloso en obras, — para que en esta noche nos purifique de infamia y oprobio. — Oh, Dios, grande por encima de todo límite y pensar! — Tu justicia es como los altos montes, tus juicios son como abismo voraz. — Oh, Dios, grande... Para tí es patente el instinto y el secreto del corazón; — si en pecado está formado, cómo se justificará la perversidad de su obra? — Acaso será tenido en cuenta el polvo fino, semeiante a cosa vana? — Y, cómo se justificará si pasa y vuelve cada elemento a su natural, el día que sea dispersado como tamo y como humo desde el hogar? — Quien advocará por tu pueblo y quien estará dispuesto a libertarlo, — si Tu para querrellarte vienes y a juicio lo reclamas? — Oh Dios! juzga según tu justicia, y no con tu ira lo que reprecendas, — pues no es posible al hombre agotado luchar con el fuerte. — Y cómo podría la arista seca permanecer del fuego a la faz? — Así como flor marchita, como soplo que huye cual sombra, — la carne y el espíritu cada uno respecto del otro se departen, — y si Tu eres exigente en el castigo, no es posible la salvación, — y si insisten mucho, ten en cuenta que el obrero es lento, y que, además, el día es corto y la tarea larga.

El más bello de sus himnos es la “Corona Real” (Kéter Malkut), considerado como uno de los grandes poemas de todas las lenguas, por su elevada inspiración constelada de profundos conceptos. He aquí cómo lo enjuicia Millás Vallicrosa: “A lo largo de sus cuatrocientos versículos, se ha ido manteniendo viva, llameante, la inspiración sagrada de su autor, y aun diríamos que ha ido aumentando y acrisolándose en unción, ternura e intenso dramatismo. Indudablemente fué compuesta en momentos de suprema gravidez religiosa. En el fondo, todo sabe aquí a madurez y superación. El alma del poeta, que tantas velas guardó a la faz de Dios, está aquí como ansiona y anhelante para dar la

gran voz y la consigna suprema de la vida. La solera bíblica del poeta se reivindica con entrañable fidelidad, y consideramos que en la "Corona Real", poesía a la que muy pocas pueden igualarse en todas las literaturas, el judaísmo alcanzó sus más preclaras metas espirituales".

La poesía de Ibn Gabirol tensa de emoción, impregnada de espiritualidad ardiente, luminosa de profundas ideas, es también hermosísima por su forma bulirada y perfecta, como un brillante.

SE CONSTITUYE LA FEDERACION DE LAS UNIVERSIDADES CATOLICAS

PIO PAPA XII

Para perpetua memoria

La Santa Madre Iglesia, nuestra defensora de la divina verdad ha fundado en casi todos los lugares del orbe Universidades Católicas, sedes insignes de la doctrina sagrada y las humanas disciplinas, para que la juventud estudiantosa no se vea engañada ni sufra en su alma detrimento por tantos errores que por doquier pululan y tantos centros de enseñanza fundados con olvido y menosprecio de Dios y de la religión.

Esta misma cuidadosa Madre, principalmente desde hace quince lustros en que de todos modos se ha incitado impía y hostilmente a los hombres a apartarse de la Suma Verdad, con todas sus fuerzas se ha esmerado en promover de la mejor manera estos planteles de la ciencia y de la verdadera cultura, en informarlos con las virtudes cristianas y en hacer de ellos, por su adhesión a su supremo magisterio, fuertes baluartes para la reivindicación de los derechos de Dios y saludables refugios para los hombres envueltos en las tinieblas.

Por lo tanto, estas Universidades Católicas fundadas por la Santa Sede en tiempos y circunstancias tan difíciles, no muy numerosas en verdad, han crecido y aumentado sus fuerzas cada día, hasta el punto que hoy brillan en el mundo con fulgente luz, a la manera del "grano de mostaza... que, con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las hortalizas y llega a hacerse un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas" (Mat. 13, 32).

Dada la feliz difusión de estas casas de estudio, ha parecido de gran utilidad que sus maestros y alumnos se congreguen en una confederación que, apoyada en la autoridad del Sumo Pontífice, Padre y Doctor universal, difunda y haga dilatar más y más la luz de Cristo con mutuos convenios y obras de conjunto.

De ahí que el año de 1924 dieciocho Ateneos Católicos, con la aprobación y amplísima bendición de nuestro Predecesor de feliz memoria, Pío XI, se confederaran con el fin de que sus Rectores juntamente con los profesores y demás delegados celebraran de tiempo en tiempo solemnes reuniones para tratar los asuntos que sean de mayor utilidad y conveniencia para promover en común su excelso fin.

Mas ahora, terminada la crudelísima guerra, entre aquellas cosas que contribuyen a afianzar la paz y caridad entre los hombres, ha de juzgarse como una de las más oportunas el que las Universidades Católicas de todo el orbe se reunan en una gran federación.

Notas

Después de una madura deliberación, nuestro Venerable Hermano José de la Santa Iglesia Romana Cardenal Pizzardo, Obispo de Albano y Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, Nos ha pedido instantemente que Nos dignáramos constituir dicha federación de Ateneos Católicos; y a nuestra vez, Nos, que siempre hemos tenido el empeño de incrementar ampliamente los buenos estudios y abrir ancho camino a la Doctrina Católica, hemos recibido con profunda complacencia estos deseos.

Por lo tanto, al tenor de las presentes Letras y de manera perpetua, con cierta ciencia y madura deliberación y con la plenitud de nuestra Apostólica autoridad, erigimos y constituimos la *Federación de Universidades Católicas* que pueda abarcar los Ateneos que la Santa Sede misma haya erigido canónicamente en el mundo o erija en lo sucesivo, o que abiertamente reconozca como regidos según las normas de la educación católica y plenamente conformes con ella; al mismo tiempo concedemos a las personas a quienes corresponda todos los privilegios, derechos y deberes y disponemos que dicha federación se rija por los estatutos que fueron propuestos y aprobados por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades. Sin que sea obstáculo ninguna cosa en contrario.

Esto mandamos, establecemos y declaramos, y disponemos que las presentes Letras sean y permanezcan perpetuamente firmes, válidas y eficaces; y que favorezcan plenísimamente ahora y en lo futuro a aquellos a quienes interesen o pudieren interesar, y que así se juzgue y defina rectamente, y que desde ahora sea nulo y sin valor lo que cualquier persona con cualquiera autoridad a sabiendas o ignorantemente, atentare en contra.

Dado en Roma, junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 27 de julio del año de 1949, undécimo de nuestro Pontificado.

Por especial mandato de nuestro Santísimo Padre por el Señor Cardenal Secretario de los negocios públicos de la Iglesia.

GILDO BRUGNOLA

Regente del Oficio de expedición de diplomas pontificios

LA CONTINENCIA SEXUAL Y LA FISIOLOGIA

Por Jorge E. Restrepo G.

En este estudio, al contrario de lo que ustedes seguramente esperan, no hablaré acerca de las enfermedades venéreas, cuyas causas y fatales consecuencias son muy conocidas por todos; y porque por haber sido ese el tema de numerosas conferencias dictadas en la Universidad por médicos de gran competencia, hemos podido formarnos una idea más o menos clara de los peligros del abuso sexual en cuanto a dichas enfermedades se refiere.

En esta conferencia trataré un aspecto de la cuestión relativamente nuevo para nosotros y que en mi opinión es aún de mayor importancia, ya que trata de aquellos efectos de la incontinencia que dejan en nosotros lesiones de por vida, imborrables, que afectan la constitución orgánica del individuo así como su comportamiento y su estado temperamental afectivo, ya, que más adelante veremos las razones por las cuales el individuo incontinente es el individuo me-

Notas

lancólico y de temperamento triste que contrasta con el de costumbres sanas que debido a un estado de euforia producido por el correcto funcionamiento y estado de sus órganos, se siente alegre, sano, fuerte, y quien al contrario de sentirse dominado por la vida, desafía los obstáculos que puedan presentársele en su eufórico existir.

Se nos ha dicho muchas veces que la continencia es causa de virilidad; esta tesis encierra una gran verdad científicamente comprobada. En realidad: las glándulas sexuales masculinas tienen secreción mixta; es decir tienen secreción interior y exterior; la secreción interior está constituida principalmente por una hormona llamada testosterona u hormona sexual masculina; esta testosterona es segregada en la sangre por unas células testiculares llamadas células intersticiales. Una vez que la hormona se riega en la sangre, empieza a ejercer su acción sobre las células de todo el organismo: los cartílagos de la faringe se crecen y engruesan; las cuerdas bucales se fortalecen; los músculos crecen también y toman formas bruscas; la capa de grasa hipodérmica se disminuye; el cerebro crece en forma tan notoria sobre el de la mujer, que alcanza un promedio de 100 grs. de peso mayor que el de ésta; los huesos crecen y se fortalecen; etc.; etc. En una palabra, esta hormona es la que da al hombre la configuración de tal y la que marca el atractivo sexual por el sexo opuesto. Pero sucede que cuando es activada la secreción externa, por una compensación, el testículo al sentirse agotado suspende la interna o por lo menos la disminuye notablemente durante el tiempo que dure su restablecimiento; pero si no se le da tiempo de restablecerse, la secreción interna permanecerá así mismo agotada; todo esto con menoscabo, con perjuicio, de la virilidad del individuo el cual si es un niño que se encuentra en la pubertad, sufrirá las consecuencias más fatales, ya que en su organismo no se verá la virilidad que naturalmente debía tener y no llegará nunca a ser más que un hombrecito porque atropelló su organismo en aquella edad definitiva de su formación. Si el sujeto incontinentemente es un adulto, su actividad física e intelectual serán mucho menores; estará siempre apático, sin alegría, sin ánimo para nada, sin sentimientos morales, sin aspiración ninguna, sin vida. Pero es aún más: la secreción externa está constituida por unas células incompletas llamadas espermatozoos que provienen de la división y multiplicación de las células espermales de los testículos y es claro que si la secreción es mucha, las células espermales acaban por agotarse siendo causa de la impotencia y el envejecimiento sexual prematuro. Deduciendo de esto claramente que la viritud de la continencia es fuente de virilidad.

En la secreción externa los espermatozoos vienen diluidos en un líquido especialmente rico en proteínas y en calcio; si estos elementos son sacados del organismo en épocas de crecimiento, este se detendrá produciéndose el raquitismo; aparecerá un debilitamiento de los huesos que se hacen quebradizos, y de los dientes que se llenan de caries, etc.

Pero las mayores repercusiones las encontramos en el sistema nervioso; en efecto: las violentas conmociones nerviosas producidas por el acto sexual en el sistema nervioso del gran simpático, pueden transtornar totalmente su funcionamiento normal, con repercusiones en todos los órganos vegetativos de nuestro cuerpo; siendo por lo tanto causa de desarreglos en las funciones cardíacas, digestivas y principalmente glandulares. Si el acto aludido no se repite, las lesiones orgánicas podrán ser restablecidas en tiempo más o menos largo o corto según la fortaleza y principalmente según la edad de la persona; pero si el acto se repite frecuentemente se producirán lesiones imborrables localizadas unas en

Notas

el mismo sistema simpático y otras en los órganos afectados por el mal funcionamiento de ese sistema.

Las violentas conmociones nerviosas de que he dicho, afectan tan profundamente el sistema nervioso del gran simpático, afectan también con una misma intensidad el sistema nervioso cerebro-espinal aunque por tratarse ya de algo que es el instrumento mismo de la vida intelectual del hombre, sus daños y las lesiones orgánicas que en éste producen son aún más fatales para el individuo; pues como lo veremos un poco más adelante, las sucesivas repercusiones orgánicas que en el cerebro produce el acto sexual repetido continuamente, hacen a este instrumento intelectual del alma, incapaz de todo trabajo delicado o profundo. Al cargarse el cerebro de imágenes sexuales absorbentes se enseña de tal manera a sufrir tal clase de imágenes que el individuo llega a un punto en que le es imposible deshacerse de ellas y su memoria, su imaginación y su entendimiento se embotan para cualquiera otra clase de trabajo intelectual. De estas funciones las más perjudicadas son la memoria y la imaginación que se degrada y se desborda apoderándose de la vida mental del individuo y convirtiéndolo en un esclavo del vicio. Pero como estas imágenes de que hemos hablado, se han enseñoreado del ser humano, éste por todos los medios busca realizarlas y llega ese tal hombre a ser lo que Freud afirmó del ser humano: un ente movido totalmente por el instinto sexual; en cuanto la persona aludida haya llevado estas imágenes a la realidad, en virtud de estos, su cuerpo se debilitará más y su espíritu será aún más exitado llegándose a un punto en que la voluntad minada, el cuerpo destrozado, la imaginación enseñoreada y degradada harán que este sujeto llegue a mirarse como una ser desgraciado, como a un anormal que no puede adaptarse a la realidad que lo rodea, llegando a veces hasta la locura o el suicidio.

A aquellos que aspiran a ser hombres de valor, me atrevería a recordarles que la juventud es irremplazable camino de la formación definitiva; la época de la fortaleza; de la memoria; de la inteligencia y el vigor; la época de adquirir buenos o malos hábitos que acompañarán al hombre durante toda su vida y que serán aquellos detalles que señalarán el valor intelectual, moral y social del individuo. Base y fundamento necesarios para una profunda formación intelectual, moral y física es la castidad; las pocas verdades científicas fundamentales expuestas anteriormente y de una manera especial lo que diariamente la experiencia triste de miles de personas nos está enseñando, nos muestra a todas luces esta clarísima verdad.

Cómo es, que ante tal espectáculo, ante la presencia de tal abismo hacia el cual nos dirigimos, nosotros no reaccionamos? No logro explicármelo. Este es un asunto de capital importancia, digno de ferviente estudio y de la más profunda meditación, ya que encierra en sí nuestro propio porvenir, feliz o desgraciado.